

En el reino de la gracia comunicante*

Cintio Vitier
Bolaños

Cuarenta y tres años después de haberle otorgado a mi padre la categoría de Doctor *Honoris Causa* en Filosofía y Letras, esta universidad tiene la inmensa generosidad de investirme con una distinción semejante. Ni cariñosamente voy a discutir con los responsables de tal exageración. Ciertos regalos, precisamente por ser gratuitos, pueden recibirse con la misma ausencia de causalismo con que se hacen. No estamos entonces en el ámbito de los méritos y los premios, sino en el reino de la gracia comunicante.

De los años aludidos, cuarenta forman ya la trayectoria incandescente de la Revolución, que recién había triunfado, cuando recibí del inolvidable Mariano Rodríguez Solveira la invitación para incorporarme a este flamante centro de estudios, que ya el Che había convertido, con Santa Clara liberada a sangre y fuego, en emblema espiritual de nuestra historia. Qué gran honor entrar en aquella universidad donde era posible, llevado de la mano fraterna del capitán Antonio Núñez Jiménez, pasar toda una noche oyendo a Fidel en una reunión con los estudiantes de Ciencia Agropecuaria y finalmente diciéndoles: «Para nosotros no hay retroceso, porque lo único que tenemos detrás es el mar».

Qué buenos eran aquellos viajes semanales en que tan misteriosa y exigentemente «las palmas me miraban» y se descorría el velo del destino del poeta que «arroja su fantástico tesoro [...] y va silencioso a ocupar el puesto que le asignan». Así lo escribía en un libro que titulé *Testimonios* porque lo era de mis primeras experiencias revolucionarias, profundamente vinculadas a mi mayor amigo en esta ciudad: el interminable Samuel Feijóo, que me había hecho escribir y publicar por la Universidad Central de Las Villas *Lo cubano en la poesía*, y nos abrió las palpitantes páginas de *Islas*. Y con Samuel, Mariano y Marta, en cuya casa de charla deleitosa y nostálgicos tangos hallé nuevo hogar, y los también itinerantes Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fragnals, y el

* Palabras en la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, al recibir el título de Doctor *Honoris Causa* en Ciencias Filológicas, el 28 de diciembre de 1999. (*N. del A.*)

gentil caballero teutón Günther Shutz, y el espléndido romano Giuseppe Favole, y el señor de las atmósferas don Agustín Anido, y el atesorador martiano Alberto Entralgo, y el agudo pintor Ernesto González Puig, que desde el 42 nos acompañaba en *Clavileño*... No los recuerdo ahora a todos, pero sí los abrazo a todos en la penumbra de Nemósine.

De otro inesperado amigo de aquel año villaclareño preñado de emociones y lecciones, de Gaspar Jorge García Galló, guardo una carta en la que con «hondo y sentido afecto» me despedía de las aulas y de los archivos del Instituto de Estudios Hispánicos, fundado poco antes por don Federico de Onís. Todo entonces parecía increíble. A Onís lo había visto por primera vez a mis siete años durante un viaje de mis padres a Nueva York. Ahora era supuestamente su imposible sucesor, y lo único que pude hacer, con la experta ayuda de Hilda González Puig, fue aumentar las colecciones y los archivos, gestionar la adquisición de los fondos bibliográficos de Francisco de Paula Coronado en el Palacio Aldama, realizar la primera edición crítica de *Espejo de paciencia*.

En aquella carta García Galló me decía: «Trasmitiré (y ya lo he estado haciendo) sus saludos a los alumnos de la Escuela que, igual que los profesores, no se resignan a su pérdida.» Ahora que ustedes me llaman de nuevo a estos queridos recintos, lo que puedo ofrecerles son solo algunas palabras sobre la vigencia y futuridad del pensamiento ético cubano y su instalación, por decirlo así, en el seno de nuestras Universidades. Con ello no hago más que proseguir el discurso intelectual de mi padre, tan bien estudiado por distinguidos miembros de este claustro como Aimée González Bolaños, Pablo Guadarrama González y Miguel Rojas Gómez.

Pero antes, para no volver con las manos tan vacías, permítanme confiarles los apuntes que me quedan de los que hice para aquel curso 59-60, bifurcado en Literatura Cubana y Ampliación de Literatura Hispanoamericana, con mis dos grupos de estudiantes, alrededor de una mesa íntima. Y sobre todo quiero entregar hoy a esta universidad, a la que en justicia pertenece, el programa de Historia de la Filosofía que mi padre redactó y yo mecanografié en los últimos años de su vida, y que sin duda constituye un aporte memorable a la docencia filosófica en Cuba.

Enhorabuena acudan los que por su ilustración puedan hacerlo, a las lecciones de los filósofos que desde la remota antigüedad hasta nuestros días ofrecen un inmenso repertorio de meditaciones morales. Según también pensaba mi padre —y prueba de ello es su libro *Las ideas en Cuba*—, ninguna enseñanza podrá ser más útil que el ejemplo de nuestros próceres, cuando en verdad lo fueron del pensamiento, la acción y el corazón. No porque hayan sido superiores a otros, sino porque en ellos encarnaron las mejores tradiciones de la humanidad, sazonadas con el jugo de la tierra que los vio nacer y de la historia que los engendró.

Tampoco es olvidable que el máximo impulsor de nuestra Revolución forjó su pensamiento, definitivamente, en las «entrañas» del «monstruo» que hoy más que nunca nos amenaza. La dialéctica martiana contó siempre con los

aportes del enemigo. El que nos da la razón y nos suministra los mayores argumentos es precisamente el enemigo. Dada nuestra situación geopolítica y las circunstancias actuales del mundo, tenemos que, no solo resistir, sino también, espiritualmente, crecer cada mañana por encima de todas las fatalidades. Porque la Revolución, paridora secular de la nación desde el 10 de Octubre de 1868, madurada a través de sus propias frustraciones, no es para nosotros un suceso emergente, una medida histórica de urgencia, una perturbación política, una alteración social, un desorden, sino el camino real de la patria, el método de nuestra creatividad y de nuestra paz. Por eso, en este sentido combativo y pensador, normal y trascendente, tiene que estar en el corazón de nuestras universidades.

El creador del Partido Revolucionario Cubano heredaba de Varela la convicción de que «no hay patria sin virtud»; de Luz, la fusión de cristianismo y estoicismo; de Céspedes, la capacidad de sacrificar el amor propio, «lo que nadie sacrifica»; de Agramonte, el carácter diamantino de quien «ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre». Y a todo ello añadió, además de la exquisita organización de su propio ser moral, el rechazo explícito y radical de la venganza y el odio, el amor como crisol cognoscitivo y militante, única fuerza capaz de crear una Revolución, atrevámonos a decirlo, sin precedentes en la historia.

Por el mérito de haber inventado las universidades, lo que en verdad no fue mérito menor, José Ortega y Gasset dedujo que «Europa es la inteligencia», dejando para otras regiones del planeta el haber «preferido vivir desde otras facultades y potencias [...]» Sencilla y condicionalmente, como si respondiera por anticipado, Martí advirtió: «Si Europa es el cerebro, América es el corazón.» La Universidad Americana, y en primer lugar la Universidad Cubana, sin dejar de ser plena e integralmente científica, como él la quería, tiene que ser la Universidad del Corazón, del amor no solo participante y compasivo, sino también cognoscitivo, según el hallazgo espiritual más alto de la cultura en que creemos: «Con el amor se ve. Por el amor se ve. El amor es quien ve. Espíritu sin amor, no puede ver.» Es ese género de lucidez el que tiene que guiarnos para iluminar todos los estudios, para formar los profesionales óptimos que necesitamos, los investigadores y técnicos indispensables, pero sobre todo los ciudadanos, las personas, los hombres y mujeres que sigan asumiendo, desde las más diversas dimensiones y tareas de la vida nacional, el impulso revolucionario consciente, nuestra razón histórica de ser.

Presididos por la memoria viva del Che, a quien José Lezama Lima llamara el «hombre de todos los comienzos», atravesaremos el enigmático umbral del próximo milenio con fe inquebrantable «en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud». La sabiduría ética de nuestros fundadores, culminante en José Martí, está hecha de futuridad. Cada mañana tendrá que amanecer para nosotros «ese sol del mundo moral», y lo defenderemos sin tregua aun contra nuestras propias sombras.

A dos grandes maestros, el uno de América y la otra de España, Ezequiel Martínez Estrada y María Zambrano, propuse ocupar cátedras en esta universi-

dad. Por diversas razones no pudo ser. El primero afirmó que Cuba era, ni más ni menos, la Isla de la Utopía. La segunda había anunciado desde 1948 la entrada de «la Cuba secreta» en la Historia Universal. Hoy vemos enlazadas esas dos videncias. Estamos en el centro de la Historia y en el centro de la Utopía, porque estamos en Cubanacán, en el centro autóctono de la Isla Infinita.

Hablamos de una infinitud cualitativa que intelectualmente se manifiesta como vocación de integralidad. Allí se alojaba la semilla evangélica, allí mismo se produjo nuestra primera voluntad científica. No era tan raro como hoy puede parecer, pues ambas flechas desde los arqueros mejores del Medioevo habían intentado coincidir en el blanco secular de la *recta ratio*. Pero la extraña ínsula, ¿por qué mantenía esa intuición? Porque ya empezaba a no querer ser extraña, ni de extraños, sino patria prometida y conquistable. Así fue posible que un Seminario de raíz eclesiástica, el de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, fuera el primer púlpito de nuestra modernidad, donde a la vez se fraguaron, en directa confrontación de Cristo con «la mayor maldad civil que han cometido los hombres», como el padre José Agustín Caballero llamó a la esclavitud, los principios de una futura República insular americana. Cada una de estas tres últimas palabras daría pie a una exégesis de indivisible sustancia ética, pedagógica y política. Por su parte los poetas cantaban lo que allí se pensaba. Solo faltaba un nuevo Edicto de Campanas, como entonces se decía: unir a las del Seminario la del Genio de La Demajagua, y así se hizo.

El segundo gran momento creador de la infinitud cualitativa cubana fue el de José Martí, que reconoció en los próceres del Seminario, señaladamente en Varela y Luz, «la flor de la patria», no solo flor de ornato y decoro esencialmente hijo de la tierra, sino flor de esporas que en el destierro ganaron aún más fuerza seminal, más misterioso soplo de lejanía enraizada en la noche materna. Él mismo fue el máximo arraigado y desterrado. Él mismo fue pensamiento de la poesía y poética posible de la historia, que se negó a separar la materia del espíritu, lo invisible de lo visible, la estética de la ética; la política, del alma, a Cristo del pobre, a Cuba de la cruz, a la utilidad de la virtud; que dibujó en el centro de la estrella solitaria la *imago mundi* del «amor triunfante». Fuera prepotentes yanquis y leviatanes. Medida normal del hombre eterno. Autocreación sin soberbia, imaginación del corazón, autoridad del amor, independencia en la armonía, sacrificio feliz, «música y razón». Cumplirlo nos llevará la vida, y también los siglos por venir.

Un tercer momento aleccionador empezó a perfilarse con la recepción cubana del marxismo. La imagen inocultablemente espiritualista del Apóstol de Cuba transmitida por los discursos mediadores de Sanguily y de Varona, más las medias palabras confiadas por el fundador del Partido Revolucionario Cubano a Carlos Baliño, configuraron como en una fulguración la posibilidad de un marxismo martiano. No fueron necesarios debates académicos ni elaboraciones dialécticas. Basta acercarse a Mella, a Rubén, a Pablo, para captar sin más explicaciones este suceso prodigioso, del cual iban a derivarse finalmente las acciones de la Generación del Centenario.

El seminario fue más allá de sus patios eclesiásticos; el Colegio del Salvador fue más allá de sus pláticas de los sábados; el Pacto del Zanjón hizo posible el Partido de Martí; la injerencia norteamericana fue madurando la convicción antimperialista nacional; Juan Marinello pudo sorprender el parentesco de Santa Teresa y Martí; José Lezama Lima pudo celebrar la entrada de Martí en la Casa del Alibi, donde «la imaginación engendra el sucedido», y avizorar «las cúpulas de los nuevos actos nacientes».

Es aquí donde tenemos que situarnos, en la infinitud cualitativa de una vocación de integralidad cuyos sumandos no se cierran ni se detienen nunca. Eso es lo que en *Lo cubano en la poesía* llamamos vocación esencial del cubano: vivir en lo libre. No la libertad egocéntrica del que cree que tiene el derecho de permitírsele todo, del que pone su realización individual por encima de todo, o del que ignora las cadenas colectivas de la historia en que se inscribe la libertad humana. Si, teológicamente hablando, el Creador mismo se detiene ante el misterio de su criatura, también ella tiene que detenerse, no solo ante Él, sino ante sí misma, porque la libertad ha de conjugarse con la obediencia voluntaria a la justicia posible, de tal modo que formen un solo cuerpo y una sola alma en constante evolución, aspirando siempre a alcanzar o recobrar lo que Martí llamara «la justicia de la Naturaleza»: la ecología espiritual de las pasiones, la revolución armoniosa de los astros; metáforas que solo significan una cosa muy concreta: la batalla de la especie humana por ser digna de sí misma.

La poesía, por lo demás, ha solido ser contrapunto, cuando no anticipo o sobreabundancia, del pensamiento cubano. Heredia, con su fundadora epístola «A Emilia», escapaba por la bahía de Matanzas poco antes de que Varela escapara por la bahía de Cádiz hacia el ideal independentista. Con ambos gestos y obras estaba prescrito el Himno de Perucho Figueredo bendecido por la Iglesia de San Salvador de Bayamo. Con Martí, poesía, pensamiento y acción se fundieron. El desgarramiento de esa unidad en Casal abría el espacio roto de la República, donde aparecían otros ojos, los de Martínez Villena, escrutando el Misterio hasta divisar los hilos incandescentes de una bandera roja. ¿Cómo podremos olvidar que la Revolución de Octubre enamoró y apasionó hasta la muerte a aquellos maravillosos muchachos? Aquel Octubre fue, por el jocundo contagio de ellos, otra fecha cubana. Don Fernando entre tanto iba con su lámpara de antropólogo hasta los barracones, mientras Nicolás, Caturla y Roldán se ponían de acuerdo en puntos de herencia y de vanguardia. La Isla crecía hacia el pasado tanto como empezaba a crecer hacia el futuro. Un enigmático poema se escribió en el Año del Centenario, en Trocadero 162. Allí se lee: «Pues José Martí fue para todos nosotros la última casa del alibi, que está en la séptima luna de las mareas, y la penetran los ejércitos y se deshacen penetrándonos.»

Tantos signos sibilinos, y tantos otros que diariamente descubrimos en la escritura secreta de la patria, encierran un sencillo mensaje: estamos destinados. Tenemos que cumplir o no ser. Cuando en 1959 llegué a la Universidad Central de Las Villas, en la recién liberada Santa Clara, lo supe como nunca antes

ni después. La entrada del Ejército Rebelde en La Habana había dado el multitudinario aviso de una resurrección nacional. La llegada del poeta solitario hasta el centro de la Isla lo había comprometido para siempre.

Si nuestros padres de la fe fueron capaces de ser nuestros padres de la ciencia; si nuestros ricos fueron capaces de quemar su riqueza para no seguir esclavos de ella y dar la libertad a los otros esclavos; si el guerrero genial de la raza esclavizada fue capaz de expulsar de su sangre la esclavitud del odio; si el amor fue capaz de triunfar en el fondo del horror del presidio político en Cuba; si el marxista-leninista cubano Julio Antonio Mella en sus valientes *Glosas* fue capaz de declarar ante Martí la emoción que se siente «ante las cosas sobrenaturales»; si Pablo de la Torriente Brau en su cuento «El sermón de la montaña» fue capaz de pedir que rescatáramos a Cristo de manos de la burguesía y revolucionariamente lo devolviéramos al pueblo; si el sentido mayor de nuestra historia es haber realizado o soñado estos prodigios de nuestra vocación de integralidad, de la infinitud cualitativa, ¿de qué no seremos capaces ahora que empezamos a entendernos cabalmente a nosotros mismos?

Versus uni, lo diverso en lo uno, raíz etimológica de universo y universidad, tendrá que ser, martianamente, el lema de nuestro escudo. Pero no lo diverso de las ondas efímeras ni de las perversiones epocales ni de la incoherencia y la confusión, sino lo diverso orgánico de la cultura que insular y ecuménicamente nos corresponde. Si somos herederos, seamos herederos creadores. Si nuestra mejor herencia es integrar, integremos nacionalmente todo aquello que en el pensamiento de José Martí se nos ofrece como un humanismo atesorador de esencias, proyectado hacia el futuro. Atrevámonos a ser a partir de lo que seremos; a resistir hoy, desde mañana, a ser siempre más justos y más libres.

Son estos los principios que concebimos como formadores de nuestras juventudes en el próximo milenio, los principios de nuestra educación desde las aulas de los niños hasta las especialidades universitarias. Para apoyarlos ideamos los *Cuadernos martianos*. Hacia el final de sus «Notas para una formación humana» mi padre advirtió: «El largo aprendizaje bosquejado en estas páginas deberá producir, si es fructífero, tres resultados humanos: una cultura con riqueza de relaciones; una humildad intelectual inherente al espíritu científico, y una bondad profunda, revelada en la vida del individuo.» Detengámonos un instante. «Una bondad profunda, revelada en la vida del individuo», ¿que es sino el amor al prójimo? He aquí el *desideratum* de nuestro pensamiento pedagógico y político original. Si este fruto falta, como si falta la energía relacionable de la cultura, la humildad científica y el enlace de los tres factores, nuestra gestión educacional no será completa. De estos objetivos podemos valernos como de guía perenne. Ningún cambio en el mundo podrá despojarlos de su valor intrínseco y fecundante. Instalado el dinamismo de la eticidad en el centro de nuestra educación social y docente, todo lo demás se nos dará por añadidura. Y esa gracia imprevisible será nuestro verdadero premio.